Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 15 de Diciembre de 1926 Núm. 66

MARAVILLAS DEL CIELO

:-: EL PLANETA SATURNO :-:

LOS puntos luminosos que esmaltan la inmensidad del firmamento en las noches serenas, son otros tantos mundos mucho mayores que la Tierra.

El Sol quen os alumbra no es más que el foco central de uno entre tantos sistemas o agrupaciones de cuerpos celestes que pueblan el espacio insondable. Además de la Tierra, otros varios planetas giran en torno del Sol, con sus satélites o lunas, como mariposas atraídas por el fulgor de una llama. Saturno es el nombre del planeta que ocupa en nuestro sistema el sexto lugar,en cuanto a la distancia que le separa del Sol; y su maravillosa rareza consiste en estar ceñido por un inmenso anillo palpitante y movible, cuya contemplación,



mediante los aparatos telescópicos, constituye uno de los más sublimes espectáculos que el hombre puede gozar en la vida.

Para dar una idea de la grandiosidad de esta faja que rodea a Saturno, bastará decir que su borde interior dista unos 30.000 kilómetros de la superficie esférica del planeta; que su anchura es de unos 180. Si este nillo sin par estuviese dotado de solidez suficiente, formaría una pista o carretera por la que podrían resbalar, todas a un tiempo y unas al lado de otras, cinco esferas tan grandes como nuestra tierra.

Durante la antigüedad no se tuvo ni el más leve conocimiento de la fantástica configuración de Saturno. Hasta el año 1610, en que Galileo, sabio italiano comenzó a entrever el misterio, centenares de generaciones y millones de hombres ignoraron por completo el fenómeno más singular de nuestro sistema planetario.

Valiéndose de los primeros telescopios que han existido en el mundo Galileo pudo contemplar, también por primera vez, lleno de asombro, el aspecto real de Saturno. Como sus aparatos eran todavía imperfectos, Galileo sólo acertó a ver vagamente ciertas porciones del anillo que ciñe a Saturno, en forma de protuberancias que rebasaban por ambos lados, a derecha e izquierda, el contorno esférico del planeta, destacando sobre el fondo del cielo. De ahí que Galileo no supo darse verdadera cuenta de lo que estaba observando; y en vez de un anillo envolvente creyó que se trataba de dos pequeños satélites, puestos uno a cada lado y casi rozando a Saturno. "He observado — escribió Galileo — que el más importante de los planetas estr iple"; y comparó su visión a la de dos muchachos acompañados y sosteniendo a un anciano.

Dos años más tarde, en 1612, habiendo cambiado la posición de Saturno y hallándose entonces su anillo perpendicular a la Tierra, a Galileo le fué ya imposible divisarlo con sus escasos medios. Se encontró con que los dos "muchachos" o satélites de antes habían desaparecido; sólo quedaba el "anciano", el planeta. Como en el mito clásico, a Galileo le pareció que Saturno había devorado a sus propios hijos. Y este hecho, tan fácil de explicar ahora, se



convirtió para el insigne astrónomo en un extraño enigma que en todo el resto de su vida no logró resolver.

Hasta 1655 no fué posible aclarar y completar estas observaciones. Entonces se descubrió que el planeta Saturno no es triple, como había creído Galileo, sino uno solo, y que sus supuestos acompañantes o satélites eran en realidad un único anillo, que rodea al planeta y aparece como dividido en varias fajas concéntricas, de distinto color.

Saturno tiene, además, diez verdaderos satélites. Ningún otro planeta cuenta un número igual. El mayor, llamado Titán, fué descubierto por el holandés Huyghens en 1655, y sus dimensiones sólo son comparables a las de la Luna. Durante los siglos XVIII y XIX se descubrieron otros siete satélites del extraordinario planeta. Recientemente, con auxilio de la fotografía telescópica, han aumentado en dos más. El último, Temis, descubierto por el norteamericano Pickering en 1904, es a manera de una pequeña y graciosa luna que sólo mide 50 kilómetros de diámetro.

El espacio ocupado por Saturno y su cortejo de diez satélites es treinta veces mayor que el que abarcan la Tierra y la Luna.

Pero la singularidad más característica de Saturno la constituyen como ya hemos dicho, sus anillos concéntricos. ¿De qué están formados? Una noche, observando a Saturno, cierto joven astrónomo norteamericano, llamado Bond advirtió que uno de los anillos era transparente hasta el punto de que, a través de su masa, resultaba posible divisar el planeta. De este hecho dedujo la posibilidad de que el anillo circundante estuviese constituído por "polvo meteórico", es decir, por millones de pequeños satélites que no habían llegado a ser absorbidos por la esfera planetaria y daban vertiginosas vueltas en torno de ella.

Ahora bien: si tal es la composición de los anillos de Saturno, puede llegar un día en que sus elementos se disgreguen.

Semejante temor no pareció quimérico cuando, en 1851, el sabio Struve afirmó como resultado de sus cálculos y medidas que en el transcurso de tres siglos los anillos de Saturno habrían desaparecido. Desde entonces, ¿qué astrónomo no habrá soñado durante solitarias y silenciosas observaciones nocturnas, sorprender el momento de la espantosa ruptura y la explosión del fantástico anillo?

El día que se realice esta hipótesis, descoyuntada la cohesión del "polvo meteórico" a causa de la misma velocidad con que rueda, se producirá un cataclismo; y la faja maravillosa que rodea a Saturno, con toda la gravitación de sus satélites, se romperá en billones de pedazos, para ir a fundirse unos en la masa absorbente del planeta y esparcirse otros en miriadas de "salpicaduras", lanzadas a chorros por lai nmensidad del espacio.



PARABOLA de la HIGUERA INFRUCTUOSA

TENIA un labrador una higuera plantada viña, y fué a buscar fruto en ella, y no lo halló.

Y dijo al trabajador de la viña:

—Tres años llevo ya buscando fruto en esta higuera y no lo hallo; arráncala. ¿Para qué ha de seguir inutilizando y dañando el terreno?

Pero el trabajador de la viña, compasivo, lo, respondió:

—Señor: espera y déjala vivir un año más; durante él, cavaré yo su suelo en torno de ella y lo abonaré con estiércol por si entonces diere fruto...; pero si no lo diere, ya podrás arrancarla.

CUENTO PARA NIÑOS DE 6 A 80 AÑOS

EL HOMBRE DE LOS PATINES

En un pueblo extraviado en la inmensidad de un lejano país, había una vez un hombre cuya excepcional estatura distraía la atención de la gente.

Era muy alto, tan alto como el poste telegráfico que en aquel entonces no existía, temeroso, sin duda, de exponer su propia estatura al ridículo.

Dios, inclinándose un poquito, podía hablarle al oído y reprenderlo tirándole de las orejas que más bien parecían dos grandes manijas.

Este hombre que nunca fué niño siendo muy niño ya descollaba por su altura y todos le hablaban como si fuera una persona mayor. Por eso, se veía obligado a encarar la vida, desde el punto de vista de una persona mayor.

En la escuela, su descomunal figura cerraba la fila de colegiales. Su estatura lo colocaba en condiciones inferiores con respecto a los demás niños y por ella lo creían capacitado para resolver los más difíciles problemas.

Si se equivocaba, — lo que sucedía con frecuencia — como no tenía el atenuante de la pequeñez, sus compañeros, le decían mofándose:

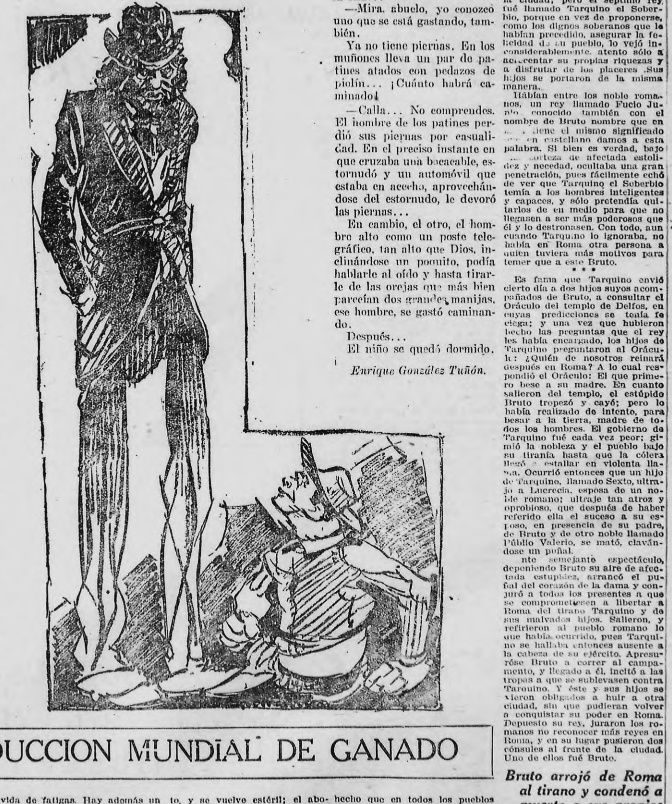
—¡No tines vergüenza....! ¡Tan grande...!

Y se desternillaban de risa ante la confusión y el azoramiento y la sonrisa estúpida del pobre muchacho alto.

Pero, un día, desapareció. Abandonó la casa paterna y se dió a caminar por esas calles de Dios.

Caminó leguas y más leguas... Conoció los fumadores de opio en los barrios chinos; beb Old Tom Gin en las tabernas londinenses, recorrió la Bohemia exhibiendo su cómica figura en compañía de unos saltimbanquis húngaros y más tarde, trabajó en los grandes cafetales del Brasil.

Y se fué gastando... gastando... Como la roca que se despeña y rueda y se convierte en un canto rodado, el hombre de mi cuento, canto rodado también, se fué gastando, hasta volverse pequeñito, pequeñito...



—¿Cómo el enano de la calle Florida, abuelo...?

—No, más pequeño. Como el Pulgarcito que se cayó en la olla...

—Mira, abuelo, yo conozco uno que se está gastando, también.

Ya no tiene piernas. En los muñones lleva un par de patines atados con pedazos de piolín... ¡Cuánto habrá caminado!

—Calla... No comprendes. El hombre de los patines perdió sus piernas por casualidad. En el preciso instante en que cruzaba una bocacalle, estornudó y un automóvil que estaba en acecho, aprovechándose del estornudo, le devoró las piernas...

En cambio, el otro, el hombre alto como un poste telegráfico, tan alto que Dios, inclinándose un poquito, podía hablarle al oído y hasta tirarle de las orejas que más bien parecían dos grandes manijas, ese hombre, se gastó caminando.

Después...

El niño se quedó dormido.

Enrique González Tuñón.

: Los Grandes : Hombres de Roma

Refieren los historiadores romanos que Roma fué fundada por un rey llamado Rómulo, después del cual reinaron seis reyes más. Cinco de ellos, hábiles guerreros unos y sabios legisladores otros, contribuyeron al engrandecimiento de la ciudad; pero el séptimo rey fué llamado Tarquino el Soberbio, porque en vez de proponerse, como los dignos soberanos que le habían precedido, asegurar la felicidad de su pueblo, lo vejó inconsiderablemente, atento sólo a acrecentar su propias riquezas y a disfrutar de los placeres. Sus hijos se portaron de la misma manera.

Habían entre los noble romanos, un rey llamado Fucio Junio conocido también con el nombre de Bruto nombre que en ... tiene el mismo significado ... en castellano damos a esta palabra. Si bien es verdad, bajo ... corteza de afectada estolidez y necedad, ocultaba una gran penetración, pues fácilmente echó de ver que Tarquino el Soberbio temía a los hombres inteligentes y capaces, y sólo pretendía quitarlos de en medio para que no llegasen a ser más poderosos que él y lo destronasen. Con todo, aun cuando Tarquino lo ignoraba, no había en Roma otra persona a quien tuviera más motivos para temer que a este Bruto.

* * *

Es fama que Tarquino envió cierto día a dos hijos suyos acompañados de Bruto, a consultar el Oráculo del templo de Delfos, en cuyas predicciones se tenía fe ciega; y una vez que hubieron hecho las preguntas que el rey les había encargado, los hijos de Tarquino preguntaron al Oráculo: ¿Quién de nosotros reinará después en Roma? A lo cual respondió el Oráculo: El que primero bese a su madre. En cuanto salieron del templo, el estúpido Bruto tropezó y cayó; pero lo había realizado de intento, para besar a la tierra, madre de todos los hombres. El gobierno de Tarquino fué cada vez peor; gimió la nobleza y el pueblo bajo su tiranía hasta que la cólera llegó a estallar en violenta llama. Ocurrió entonces que un hijo de Tarquino, llamado Sexto, ultrajó a Lucrecia, esposa de un noble romano; ultraje tan atroz y oprobioso, que después de haber referido ella el suceso a su esposo, en presencia de su padre, de Bruto y de otro noble llamado Públio Valerio, se mató, clavándose un puñal.

Ante semejante espectáculo, deponiendo Bruto su aire de afectada estupidez, arrancó el puñal del corazón de la dama y conjuró a todos los presentes a que se comprometiesen a libertar a Roma del tirano Tarquino y de sus malvados hijos. Salieron, y refirieron al pueblo romano lo que había ocurrido, pues Tarquino se hallaba entonces ausente a la cabeza de su ejército. Apresuróse Bruto a correr al campamento, y llegado a él, incitó a las tropas a que se sublevasen contra Tarquino. Y éste y sus hijos se vieron obligados a huir a otra ciudad, sin que pudieran volver a conquistar su poder en Roma. Depuesto su rey, juraron los romanos no reconocer más reyes en Roma, y en su lugar pusieron dos cónsules al frente de la ciudad. Uno de ellos fué Bruto.

Bruto arrojó de Roma al tirano y condenó a muerte a sus propios hijos—

Bruto, pues, vió para siempre glorificado su nombre, por haber arrojado al tirano de Roma y haber hecho deesta ciudad una república libre. Dícese, además, de Bruto, que dejó á la posteridad un ejemplar de su imponente justicia, a pesar de que al ejecutarla no podía menos de sentir rompérsele casi el corazón,

LA PRODUCCION MUNDIAL DE GANADO

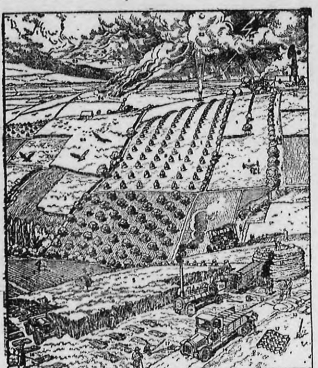
La ganadería ha sido en todos los pueblos la base, sostén y complemento de la agricultura. Con su trabajo fuerte y constante o con sus productos, o con ambas cosas a la vez, el ganado ayuda eficazmente al labrador en su duro trabajo de arrancar a la tierra el sustento, y le hace posible su vida de fatigas. Hay además un tercer aspecto bajo el cual la ganadería presta al agricultor un servicio más estimable quizás que los anteriores. Bajo este aspecto consideraba un agrónomo al ganado, como máquinas vivientes para convertir en estiércol la paja y las hierbas del campo. La tierra, al cabo de bastantes años va perdiendo aquellos productos que suministran vigor a las plantas para su crecimiento, y se vuelve estéril; el abono mantiene la fecundidad del suelo.

El ganado vacuno constituía en los pueblos primitivos su principal fuente de producción y prosperidad. Antes de la invención de la moneda se evaluaban los objetos por cabezas de ganado vacuno. La vaca, fué, sin duda, de los primeros animales sometidos al hombre. Las múltiples utilidades que presta han hecho que en todos los pueblos haya sido tratada con solícitos cuidados, y aun en algunos de la antigüedad fuera objeto de veneración y culto.

El ganado de cerda existe en estado doméstico desde tiempo inmemorial.

Las variedades del cerdo son innumerables. Casi todos los pueblos fomentan su propagación y mejoría, por ser un animal cuya carne es aprovechable toda ella bajo mil formas.

EL CULTIVO DE CEREALES



MAS de 6.000 años lleva la tierra sacando de sus entrañas el alimento para sustentar la vida del hombre. Los siglos transcurren, las generaciones pasan; todas ellas han buscado en las entrañas de la tierra su alimento, y la madre tierra, siempre fecunda, ha hecho brotar de su seno una cantidad de productos mil veces superior a su propio peso.

De la tierra procede de modo directo o indirecto, próxima o remotamente, todo lo necesario para conservar la vida del hombre; su suelo es el primer manantial de las riquezas del mundo; y el oficio de arrancar de sus entrañas el sustento del hombre, la primera de las profesiones en el orden de la necesidad, de la antigüedad y de la nobleza.

Honran al labrador sus manos callosas, por el roce de los instrumentos agrícolas, y su sudor, tributo noblemente pagado por a prevaricación primera del hombre, y su piel curtida por las inclemencias del clima, y su alma robusta probada con mil contratiempos y con el continuo sobresalto de una pérdida probable de la cosecha. Con su robustez de alma y cuerpo forman los labradores la clase fundamental de la sociedad.

Los modernos adelantos de la mecánica han robado, es verdad, a esta profesión, algo del carácter patriarcal de su longevidad venerable; pero, para común provecho, han multiplicado su rendimiento y aminorado sus durezas y peligros. A las yuntas de bueyes que arrastraban con lentitud el primitivo arado, han sucedido los tractores mecánicos accionando los modernas arados de múltiples vertederas; al gesto augusto del sembrador que esparcía, pródigo, al viento su semilla, suplen las modernas máquinas sembradoras, que depositan el grano en surcos regulares con mayor rapidez, uniformidad y economía; tras las cuadrillas de segadores que se animaban al trabajo cantando bajo los rayos del sol, ha venido el rodar de las segadoras mecánicas, que con maravillosa rapidez van recogiendo el trigo y atándolo en gavillas; las pintorescas escenas de la trilla han desaparecido ante el trepidar de las máquinas que separan el grano, lo limpian y ciernen, y elevan automáticamente la paja atada en haces.

Para moler el trigo y convertirlo en harina, ya no es necesario el esfuerzo muscular del hombre o de los animales, como en las primitivas tahonas. El hombre aprovechó primero la fuerza del viento: a su impulso giraban las aspas de los clásicos molinos accionando las muelas de piedra. Utilizó luego la potencia motriz de los saltos de agua, y más tarde la de las aguas del mar en el constante subir y bajar de las mareas.

Para ahuyentar o disminuir los peligros que la amenazan, también ha prestado la ciencia recursos a la agricultura.

Contra las heladas mortíferas, recomienda la cremación en grandes fogatas de determinadas sustancias que con la gran cantidad de humo que desprenden, forman sobre los campos una cortina de gases protectores, que los abrigan como el cobertizo de un invernadero. Contra la sequía y algunos casos de incendios establece elevados depósitos de aguas en lugar favorable y dominador. Contra las inundaciones recomienda los terrenos inclinados o rodeados de zanjas de fácil desagüe. Contra el azote de piedra de las nubes cargadas de granizo, las descargas de los cañones granífugos.

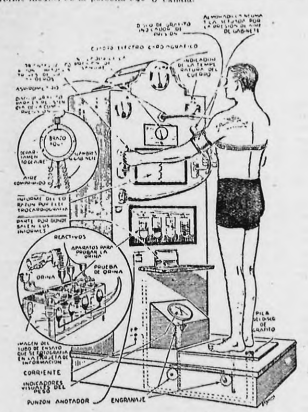
En las entrañas de la tierra se esconden los tesoros: cada hectárea de tierra tiene el suyo y no es menester ahondar mucho para dar con él: basta trabajarla con tesón, con constancia con amor y se encuentra la dicha del honesto pasar sin envidias ni ambiciones, de la dorada medianía y del vivir tranquilo.

EL MEDICO AUTOMATICO

La máquina humana requiere cuidados prolijos, para evitar cualquier desgaste. Para ello, es necesario observarla a menudo, y con este fin es que en los Estados Unidos comienza a difundirse el uso del "médico automático"

EN China se les paga a los doctores si conservan sanos a los clientes y no se les paga en caso de enfermedad. El progreso actual de la ciencia médica tiende a prevenir las enfermedades, a evitar que éstas, si se presentan, encuentren el organismo apto para que en él se desarrollen.

Antes de formalizar un seguro de vida las compañías toman un informe médico de la persona que pasa a una nueva posición, y, sucesivamente, le ordena inhalar o exhalar, colocar la botella de orina en el depósito, etc., etc. La esfera de la derecha es un indicador de la temperatura del cuerpo, que no sólo le da una representación visual de su temperatura, tomada de sus manos o del brazo, sino que la localiza de un modo correcto, teniendo en cuenta la temperatura de la boca y de la región axilar. Entre las esferas hay un espirómetro que da la capacidad de los pulmones, cuando el paciente inhala o exhala.



Cómo funciona el "médico automático", cuyo uso comienza a difundirse en los Estados Unidos.

intenta asegurarse, cuyo informe, aunque superficialmente, indica si existe algún entorpecimiento en la máquina humana. Este examen decide o no a la compañía aseguradora a ultimar el seguro.

No siendo en casos como éste, contadas son las personas que periódicamente van en busca del doctor para que examine su organismo; se aguarda a que la enfermedad se declare y en algunos casos, a que ésta esté en su período álgido. Si ese examen periódico se llevase a cabo, la humanidad podría prolongar su vida, ya que un doctor competente puede rectificar anormalidades prevenir enfermedades, conocer totalmente nuestro organismo para contrarrestar los efectos de la herencia y de taras que tanto influyen en nuestra sanidad.

Teniendo esto en cuenta un profesional norteamericano ha inventado una máquina a la que ha dado el nombre de "médico-automático" y que mecanicamente registra el estado del organismo humano.

ha de verificar pasa a una nueva posición, y, sucesivamente, le ordena inhalar o exhalar, colocar la botella de

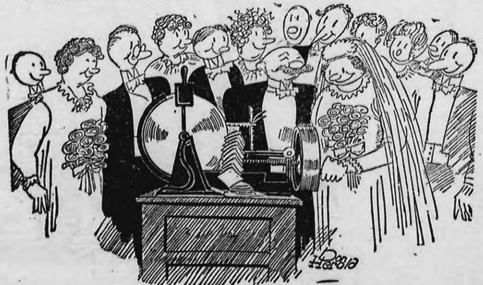
En la parte superior de la máquina hay un indicador electrocardiógrafo que indica si las manos del paciente asen los asideros de la máquina. Tan pronto como ésta ha tomado ese informe cardiográfico, la aguja del indicador de las funciones que el paciente ha de verificar (esfera de la izquierda de la esfera superior)

Debajo de éste existe un medidor de la presión sanguínea. Este aparato nos da la presión de sangre en dos formas; primero nos da la presión sistólica normal de 120 a 140, y después inclinado hacia la izquierda el asidero del electrocardiógrafo, nos da la presión diastólica, normal de 65 a 80. El gráfico que se ve enfrente del paciente es una vista aumentada del electrocardiógrafo, que también informa en la tarjeta sanitaria. El peso del paciente también se recoge por la máquina, así como su talla, que registra otro aparato instalado en la parte posterior de la máquina.

La orina del paciente se deposita en un recipiente que va al lado del aparato y se distribuye en cuatro tubos de ensayo preparados previamente con solución de tornasol, ácido nítrico y solución de Fehling, y el último tubo se destina al examen microscópico para determinar cualquier clase de sedimentaciones urinarias. Un hidrómetro registra la gravedad específica de la orina antes de echar ésta en los tubos referidos. El primer indicador muestra si la orina es ácida o alcalina; el segundo, la presencia en ella de albúmina; el tercero, la existencia de azúcar, y el cuarto, si tiene arenillas.

"Los que hagan uso de esta máquina, dice su autor, se encontrarán en condiciones de ser unos poderosos auxiliares de los médicos."

LOS MOMENTOS SOLEMNES



Instante en que se procede a cortar el pastel de bodas en ocasión del enlace del almacenero, don José Pérez González

:: :: EL CUENTO DE LA SEMANA :: ::

:: :: LA INVASION DE LAS RATAS :: ::

Por CESAR CAMINOS

Yo estaba oculto detrás de una piedra y los miraba moverse

YO estaba a una ventana y veía desde ella el panorama luminoso de la ciudad. ¿Qué ciudad era aquella? Exactamente no podría decirlo, pues amanecí una mañana en aquel sistio, en una camita blanca y, según creo, mucho después de los horribles sucesos que voy a referir.

¿Qué pasó durante todo ese tiempo, desde la catástrofe hasta la mañana en que me dí cuenta de que estaba en un sitio absolutamente extraño para mí?

No lo se. Tengo la impresión de haber dormido mucho o de haber estado ausente. Aquella mañana, por ejemplo, al abrir los ojos me encontré inesperadamente con una mujer desconocida, de rostro bondadoso, que estaba allí con un gesto de humilde fatiga, como si durante toda la larga noche que acababa de pasar, hubiera esperado pacientemente la hora del amanecer para preguntarme:

—¿Cómo se siente hoy, hermano?

Clavé entonces en ella mis ojos doloridos, profundamente extrañado de que se interesara por mí. Su vestido era azul y tenía la cabeza cubierta con un paño negro.

¿Porqué me llamaba hermano y estaba sentada allí, al lado de la cama en que yo me encontraba sin saber porqué? Iba a decirle:

—Señora, yo le agradezco mucho su bondad, pero no me parece..

¡Y de pronto sentí algo qué se movía debajo de las ropas de la cama, junto a mi cuerpo! Y ella también, la mujer que antes me parecía tan bondadosa, tenía la falda llena de bultitos pardos, inquietos y hambrientos; y me miraba burlonamente dándome a entender ésto:

—Te los echaré a todos encima.

¡Qué desesperación! Dí una manotada, me tapé hasta la cabeza con las mantas y esperé. Pero no ocurrió nada y poco a poco me fuí quedando nuevamente dormido, mientras oía voces entrecortadas, indecisas; de gente que andaban alrededor de mi cama. Alguien me hablaba, pero sus palabras sólo llegaban a mis oídos deformadas, grotescas, turbias. Me parecía estar oyendo un fonógrafo al que se le va acabando la cuerda. Hasta que me dormí.

Así pasó el tiempo por mi lado hasta que una noche, cuando ya debía ser muy tarde me desperté otra vez. La habitación estaba desierta, pero era tan pequeña, que de otro modo hubiera resultado incómoda. La casa en cambio parecía ser muy grande y se oían pasos lejanos, que tardaban mucho en acercarse y luego en perderse otra vez hacia el lado opuesto. Alguien andaba tranquilamente por largos corredores.

Una luz débil y lastimosa convertía la oscuridad en incierta penumbra.

Poco a poco mis ojos se acostumbraron a ver en aquel medio y divisé entonces hacia los pies de la cama una ropa que nunca había visto hasta aquel momento, pero que estaban allí como si yo me las acabara de sacar.

Resolví vestirme con ellas y me quedaban perfectamente. Después me acerqué a la ventana que ocupaba casi toda una pared de la habitación y allí debí quedarme sin pensamientos y sin visión hasta que fué de día. La cosa ocurrió de improviso como si yo hubiera abierto los ojos. Aun no me explico aquel fenómeno ni puedo evitar la impresión que me causó. Estar en las sombras y pasar de golpe a un día espléndido. Sin embargo permanecí tranquilo, sereno y no me preocupaban mayormente las circunstancias misteriosas en que estaba viviendo. Por eso miraba las gentes, los edificios, los jardines y las altas torres de la extraña ciudad y pensaba sencillamente:

—¡Todos estamos aquí por voluntad ajena!

De pronto entraron dos hombres vestidos de blanco, muy limpios e indiferentes. Se acercaron al sitio donde yo me encontraba Y uno de ellos me preguntó:

—¿Qué le pasaba a usted?

—No se, le respondí, aunque talvez se refiera usted a la horrible historia de mi pueblo. Si es así le voy a contar lo ocurrido. Por otra parte es todo lo qué recuerdo y si después usted pudiera decirme quién soy yo, se lo agradeceré con toda el alma. Y también quién es usted y qué es lo qué estamos haciendo los dos en esta casa llena de ruídos.

Para oírme hablar los dos hombres me miraban de una manera tan extraña que empecé a molestarme y a no haber mediado la idea de que a lo mejor, le hueran los dueños de casa, le hubiera dicho, cortando rotundamente el hilo de mi discurso:

—¿Y finalmente, qué diablos le interesa a ustedes de mí; y a mí de ustedes? ¡Largo de aqué que quiero dormir!

Pero no quise hacerlo y los dejé que siguieran oyéndome con los ojos mientras les decía lo siguiente:

—Nuestra aldea era la mejor de todas y los niños que jugaban en su calle polvorienta la mejorarían aun más, así que el tiempo les diera circunstancias y capacidad para hacer grandes cosas. Todos nos sabíamos ésto de memoria y éramos extraordinariamente felices. A ustedes les parecerá extraño que pudiéramos vivir en armonía y sin contratiempos estando tan cerca de los otros pueblos. ¿Verdad? Pero es el caso que las distancias no se establecen por sí mismas, sino que es uno quien las establece y no es necesario andar por largos caminos para alejarse de las cosas desagradables.

—¿Esas ideas las ha tenido siempre usted? — me preguntó entonces uno de los hombres vestidos de blanco; y yo le respondí:

—¡No se! ¿No le he dicho qué no recuerdo precisamente quién soy? ¿Cómo diablos pretende entonces que pueda darle cuenta de mis ideas? ¿O es qué lo hace por atormentarme?

—No, es que queremos saber algo acerca de usted, únicamente.

—Yo también quiero saber y sin embargo no me lo pregunto. Y me conformo con hablar de aquello que recuerdo. De aquello que se quedó tan profundamente grabado en mi memoria que no se borrará ni aun a través de la más larga de las noches. La tinieblas no contaminarán mis recuerdos enturbiándolos groseramente. Recordaré siempre... siempre... siempre... siem... pre...

Y sin quererlo, miraba a lo lejos, sin mirar nada y dejaba que mi cuerpo se balanceara rítmicamente, de atrás para adelante, mientras seguía diciendo:

—...Siempre... siempre... siempre... siem...pre...

¡Oh, sí! Pasarán los tiempos y yo recordaré siempre. Fué en nuestra aldea que era la mejor de todas, con sus veinticuatro casas alineadas y limpias. ¿Sabéis lo qué era cada casa? Pues cada casa era un íntimo calorcito en invierno y un amable frescor durante el verano. Yo vivía con mis padres en la primera, junto al río, pues un río venía a visitar nuestra aldea y le cantaba incesantemente una canción traída desde muy lejos. Junto a las aguas de ese río dí el primer beso a mi novia.

Por la noche se lo conté a mis amigos y todos juntos bebimos por ella, por mí, por los hijos que tendríamos. Tendríamos muchos hijos. A la mañana siguiente la ví de nuevo y nos fuímos juntos para empezar a levantar nuestra casa, íbamos poniendo ladrillo sobre ladrillo e ilusión sobre ilusión, mientras la hacíamos.

Allí una ventana para que entren por ella el sol, el viento con olor a árboles y el canto de los pájarros. Ella... ¿Pero qué habrá sido de ella?

La recuerdo apenas. Tengo idea de que era algo así como una inqueta columnita de humo, esbelta, ágil, siempre yéndosenos de entre las manos. Un día yo le dije:

—Marcela, nuestra casa está terminada y es preciso que nos casemos.

Ella se rió mucho y al final me dijo:

—Creí que jugábamos.

Yo la miré tristemente, así como se mira el cielo que mientras más hermoso está, más lejano nos parece, y le pregunté:

—¿Por lo menos, me ayudarás a demoler la casa entonces-

—Bueno, me respondió ella.

Y una tarde empezamos a trabajar.

—¡Va!

—¡Venga!

Y desde lo alto de la pared le arrojaba los ladrillos que ella luego, a su vez, arrojaba en distintas direcciones. Trabajamos toda la noche y cuando estaba amaneciendo, ya no quedaba más que un montón de escombros, donde antes había estado la casa que no llegamos a habitar. Entonces ella se acercó al sitio donde estaba yo sentado, con la cabeza entre las manos, empezó a acariciarme y creo que me dijo:

—No has sabido defenderte. Has sido débil y eso está mal. A mi no me gustan los hombres que lloran y que, de puro atolondrados, hacen pedazos las cosas que se salvan de una catástrofe. Adiós.

Sí, sí, todo eso me lo dijo ella antes de irse. Porque después se fué y ahora no he vuelto a verla más, ni me interesa saber dónde se encuentra, aunque me gustaría oírla de nuevo.

Ella se fué por la costa del río y yo crucé a éste para internarme en una isla que había enfrente para llorar sin que nadie me viera. Pero por la noche volvía a veces hasta el lugar donde estaba la aldea, aquel montón de íntimos calorcitos, y la contemplaba con envidia.

Durante las noches de luna podía hacerlo más a mi gusto, porque entonces a veces un rayo penetraba por las ventanas e iluminaba las lindas escenas silenciosas. Un niño durmiendo en su camita, por ejemplo Había uno que me gustaba mucho y a quien siempre iba a observar.

Muchas veces lo había visto de día jugando sobre las rodillas de Marcela, pero creo que ni aun entonces era tan hermoso como cuando dormía.

Yo me pasaba una hora o dos mirándolo hasta que la luna se iba a alumbrar a otros países. Así fué que una noche estaba mirándolo, cuando de pronto empezó a llorar. Había abierto sus grandes ojos azules y unos lagrimones brillantes rodaban por su cara. Su llanto era triste y largo y monótomo. No llamaba a la madre, ni decía nada. Lloraba solamente y agitaba sus piernecitas y sus brazos. Yo, para calmarlo tamborilleaba con los dedos en el cristal de la ventana, pero todo era ineficaz. El lloraba cada vez más fuerte y miraba algo, si algo que había sobre la camita y que se movía hacia él.

Era una... ¡Uf...! Una rata así, grande como un conejo; se acercó al niño y se puso a husmearla tranquilamente sin hacer caso de los gritos de la criatura. Y nadie venía.

Por fin el animal pareció decidirse, abrió la boca y lo mordió. Primero fué en un brazo y la sangre enrojeció en seguida el hocico de la pequeña fiera. El niño se debatía y lloraba... Lloraba siempre con su llanto largo y triste, mientras la ratas seguía devorándolo.

No quise ver más; era un espectáculo feo y cansador: un niño que llora y una rata empeñada en comérselo. Seguí calle abajo entonces, con la idea de echar un último vistazo a mis ruínas antes de que la luna se fuera a otros países. Pero la aldea ya no estaba en silencio. Se oían ruídos extraños, un ruído extraño, mejor dicho ,como si estuviera cayendo granizo.

Además había algo qué se movía. Entre mis propios pies, pasó algo a veces.

Eran pequeños bultitos inquietos. Cruzaban la calle y se metían en las casas.

Venían de los campos, de la arboleda que había hacia el Norte del río.

Es decir, esto fué lo que creí al principio, pero no era así. Venían de mis ruínas. ¡Cómo estaban mis pobres ruínas! Cien, diez mil, muchos millones de ratas andaban sobre ellas iban y venían, se amontonaban tumultuosamente daban pequeños grititos enseñando sus colmillos largos y brillantes.

Yo estaba oculto detrás de una piedra y los miraba moverse. Ellas subían y bajaban entre los montones d eescombros como si anduvieran buscando un cadáver. Pero no, no hacían éso; estaban tan sólo esperando que la luna se ocultara para ir a la aldea. Y fueron.

Yo, desde mi escondite, las ví marcharse y ví llegar más. Oí gritos, maldiciones, gritos largos y angustiosos. Todo era inútil porque las ratas seguían devorando las cosas. Y los niños y los animales. Perseguían a las mujeres por las casas y les mordían los talones al alcanzarlas. Entonces ellas se desmayaban y el tropel de bestias hambrientas se precipitaban sobre los cuerpos inertes. Y había ratas en los árboles, en las piedras, en los caminos, sobre los techos: comían la madera de las ventanas, hasta tal punto, que a veces se oía caer un vidrio. Yo estaba inmóvil y ninguna rata me había visto. Pero cometí la imprudencia de moverme y entonces 100 mil ojos pequeñitos y brillantes se fijaron en mí. Eché a correr. En mi carrera derribé a un anciano que gritaba:

—¡No... No... Por mis barbas!

Y seguí corriendo hasta llegar al río donde encontré una barca y en ella a un joven exactamente igual a mí.

—Ven, me dijo aquí estaremos a salvo.

Subí a la barca y el empezó a remar Pero las ratas que nos perseguían se echaron al agua y nadaron hacia nosotros. Trepaban a la barca que sólo se movía pesadamente y nos llenaban de asco y de terror.

El joven parecido a mí y yo, luchábamos con todas nuestars fuerzas. ¡Paf! Un pisotón y aplastamos una. Pero subían veinte en seguida, por lo cual mi compañero dijo:

—¡Al diablo con todo! Y se arrojó al agua.

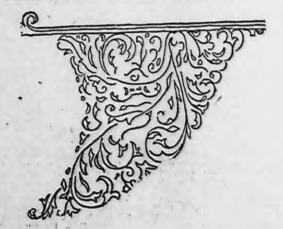
Sentí entonces un gran frío. Las ratas se amontonaban sobre mi cuerpo y me ahogaban. Y sobre todo sentía frío.

...Ahora yo no se qué pasa. Las cosas han cambiado. Apenas si recuerdo que tuve una novia linda y tonta, que de entre las ruínas de mi casa salieron millares de ratas y que éstas se devoraron todo lo qué había en la aldea.

Al terminar mi relato observé a los hombres indiferentes y vestidos de blanco. Habían estado oyéndome con los ojos, como al principio, pero cuando terminé de hablar, ambos bajaron la cabeza, no me miraron más y se fueron hacia la puerta. ¡Qué raros! Juraría que eran locos...

¡Locos! Extraña palabra. Hace mucho tiempo, años talvez, que no la pronunciaba.





Labores Infantiles: UNA MUÑECA GROTESCA

De día en día va aumentando la afición por los muñecos, y es muy corriente tenerlos en diferentes habitaciones como adorno, a las que dan una nota de buen gusto, de originalidad, que alegra la vista y hace más atrayente y agradable el hogar. Y no consiste, en general, el valor de estos muñecos, en el de los materiales de que está hecho, sino en la originalidad de él y en la gracia en vestirlo. Hay miles de muñecos cuyo valor intrínseco es casi nulo y cuyo valor estético es extraordinario, por la expresión de los rostros y la gracia cómica de los movimientos, los cuales van substituyendo a las clásicas muñecas de porcelana, guapas tal vez, pero sosonas, con sonrisa de niña boba o con la más absoluta inexpresión.

Estos muñecos no deben colocarse en todas las habitaciones, como, por desgracia para el buen gusto, se ven bastantes casos, pues mal se compaginan la gravedad de un salón o la severidad de un despacho, con la nota alegre, risueña, infantil de estos modernos "bibelots", que son algo íntimo, de juguete, y por eso deben estar en el "boudoir", en la sala de costura, en la de recibir a los íntimos, y en ellos son hoy día tan indispensables como los almohadones y lámparas de varias formas y variados colores y para ello vense continuamente nuevas y bellas creaciones hechas por artistas de gran renombre, que tienen a gala el haber ideado un nuevo y original tipo de muñeco, como los creados por el gran dibujante Salvador Bartolozzi. No siempre son estos muñecos caricatura de la figura humana, sino también de los animales más distintos, desde el elefante al marabú, y aun de los más corrientes animales domésticos, como el popular perro creado por el ilustre maestro de humoristas Joaquín Xaudaró.

Se ha ideado, no ha mucho tiempo una muñeca, que no puede competir en belleza con las de dichos artistas, pero que tiene a su favor el limitadísimo gasto (aproximadamente 1 peseta) y el poder ser hecha en el hogar, por su sencilla construcción.

Con barniz Japón brillante se pintan en una pelota dos ojos circulares, con las niñas a la derecha o a la izquierda, arriba o abajo; pero de las que no deba verse más que la mitad como máximo, y dejando un claro en el centro, como puede verse en el grabado.

Arriba y abajo de los círculos, y tocando a ellos, se ponen tres o cuatro rayitas, que simularán las pestañas.

Sobre los ojos, dos arcos de círculo de curva exagerada, puestos bastante altos, imitarán las cejas. Pónganse dos puntos por nariz y una curva hacia arriba, atravesando un círculo o elipse para figurar la boca. Este círculo o elipse puede ser pintado con bermellón al óleo para dar la idea de unos labios muy rojos. Píntese el pelo imitando bucles o rizos muy exagerados, y cuando todo esté bien seco queda ya preparada la cabeza, a la cual, por medio de la disolución que se emplea para componer los neumáticos, y en la parte inferior, se pega un cordón de goma, que termina en su otro extremo por una lazada o anilla, por la que se pasa otro cordón de goma puesto en forma de U hacia abajo.

Estos cordones de goma se introducen en un canuto o caña de longitud aproximada a dos veces y media el diámetro de la pelota y de un grosor algo menor que su radio. Los extremos del cordón en U, que saldrán por la parte inferior, se cosen (procurando dar la mayor tirantez posible a la goma) a los pies, que se hacen rellenando un medio cono de tela, con cartón en la parte plana, de arena o perdigones muy finos. Estos pies deben ser bastante grandes para asegurar la estabilidad de la muñeca. En la parte superior del canuto o caña, y opuestos, se hacen dos pequeños rebajos y agujeritos, por los que se pasa un cordón de goma del mismo grosor que el empleado anteriormente para unir a la cabeza y el que en U va cosido a los pies. Este cordón pasa cada uno de sus extremos por una bola de madera de las empleadas en tapicería — las cuales se encuentran en casi todas las mercerías — y por otra caña más delgada, de una longitud igual a la tercera parte de la caña gruesa, terminando cosido a las manos, que se hacen de tela y se rellenan de aserrín.

Este cordón de goma, como los anteriores, debe estar puesto lo más tirante posible, y para lograrlo se cose primero a una mano, luego se pasa por la caña delgadita y por la bola, después atraviesa la caña gruesa, pasando por los agujeritos hechos previamente; se pasa la otra bola de tapicería y el otro trocito de caña fina, y, estirando fuertemente, se cose la otra mano.

Moviendo la cabeza a uno y otro lado, o arriba o abajo, y su-



biendo o bajando los brazos, que por la tensión de la goma se conservarán en la posición deseada, tomará actitudes sumamente graciosas y expresiones verdaderamente insospechadas. Los trajes con que se puede vestir esta grotesca muñeca deben ser lo más exagerados posible; faldas enormes, sombreros fantásticos, lazos exagerados, tanto de dibujo como de color, que debe ser estridente, aunque no desentonado, pues la caricatura no está reñida con el buen gusto.

LA VIDA DE JULIO CESAR

Aunque descendiente de una familia noble, César había pertenecido siempre al partido popular. Conoció que, para conquistar el poder, debía antes captarse el favor del pueblo, y que, después de ésto, lo que inmediatamente procedía era convencer a Pompeyo de que, si se unían los dos, podrían tener en sus manos todo el mundo romano: si bien había un tercero, Craso, que a causa de sus riquezas, venía a ser una especie de rival de Pompeyo. En cuanto Pompeyo hubo regresado de la guerra con Mitrídates, se arregló César de tal manera que los tres convinieron en obrar de común acuerdo; indudablemente creyó Pompeyo que él iba a ser el caudillo del triunvirato, viendo como veía a César ayuno de toda práctica de la guerra, y únicamente célebre como orador. Con todo, fué César quien dictó medidas más del gusto del pueblo.

Claramente vió César que había de llegar un día de abierta lucha entre él y Pompeyo, sobre quien hubiese de ser el dueño de Roma, y consiguió ser enviado en calidad de gobernador a las Galias, que viene a corresponder actualmente a Francia. Pero como hubiese muchas tribus guerreras en las Galias, necesitó de un ejército para subyugarlas, y al frente de este ejército manifestó muy luego que era uno de los mejores militares que han existido, y de una admirable influencia sobre sus soldados. César escribió un libro sobre sus guerras en las Galias, modelo de lo que puede ser una obra de este género. Desde las Galias atravesó el Canal de la Mancha y peleó contra los antiguos bretones; mas como sólo había deseado ver qué era aquel país, y no tenía intención de conquistarlo, regresó a las Galias.

Cómo creció la enemistad entre César y Pompeyo—

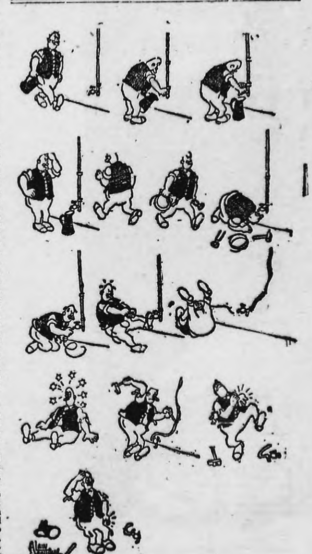
Pompeyo, mientras tanto, permaneció en Roma, en donde conquistó nuevamente las amistades del partido del Senado. Las noticias de las victorias de César en las Galias suscitaron en Pompeyo que permaneciendo en Roma volviera a Roma con su ejército para apoderarse del poder supremo: en tal caso, pensó Pompeyo, permaneciendo en Roma podía estar seguro de ser lo suficientemente fuerte para resistir a César. Pero cuando éste vió que había llegado la hora de ir a Roma, o de perder el poder, reunió sus tropas y atravesó con ellas el Rubicón, que constituía los límites en aquella provincia. Y como ningún gobernador podía conducir ejércitos sino en su propia provincia, la acción de César equivalía a declarar la guerra al gobierno de Roma.

Aludimos a ésto, cuando hacemos algo que nos obliga a proseguir adelante y nos deja cerrado, y decimos: "Hemos pasado a Rubicón".

Pudo ver entonces Pompeyo que habían sido echadas en olvido sus proezas, mientras que los hechos de César estaban frescos en la mente de todos, hasta el punto de que, declarándose en todas partes el ejército en favor de César, no tuvo más remedio que huir de Italia. Al fin, pudo reunir en Grecia un gran ejército, y a Grecia se dirigió César para combatirlo. En la batalla de Farsalia, Pompeyo fué derrotado y obligado a huir de este punto a Egipto: pero al desembarcar fué asesinado y decapitado. Cuando llegó César a este país y supo lo ocurrido, sin poder contener las lágrimas ante la noticia, condenó a muerte al asesino. Porque era tal el carácter de César que, a semejanza de Escipión, era hombre en alto grado compasivo, dispuesto siempre a perdonar a los que hubiesen tomado las armas contra él.

Llegado de esta suerte a ser el hombre más importante de Roma, César trató de poner orden en el gobierno de la República y darle leyes prudentes. Pero hubo quienes creyeron que ambicionaba ser coronado rey, cosa odiosa a todo buen romano; y uniéndose a éstos los que deseaban que volviese el poder a manos del Senado y otros que tenían resentimientos particulares con él, entre los cuales se contaban no pocos romanos de los más poderosos, se conjuraron para asesinarle.

Cierto día, mientras se hallaba de pie junto a la estatua de su rival Pompeyo, llegaron a él en actitud de dirigirle una súplica, cuando de pronto desenvainaron sus espadas y le hirieron de muerte, esparciendo al punto por la ciudad la nueva de que Roma quedaba libre de su tirano. Olvidaron que, aun cuando había caído César, alguien debía ocupar su lugar, o se derrumbaría el imperio romano. En efecto, César había enseñado el único camino que era preciso seguir, y su hijo adoptivo, Octavio, estaba predestinado a ser el primer emperador romano, César Augusto. Mas Octavio sólo tenía entonces diez y ocho años y nadie creyó que pudiera ocupar el lugar del gran Julio César.



—¡Ahora recuerdo que anoche corté en agua!

AVENTURAS POLICIALES

:-: LA TARJETA DE VISITA :-:

Por DOMINGO DURANTE

EN la casa señalada con el número 376 de la calle Ponte Sixto, una de las más céntricas de la ciudad de Roma, alzábase un vetusto edificio; a un lado de la puerta podía leerse una chapa que decía: Guillermo Fantini y a continuación y en letras de molde más chico: Detective particular.

Sonaron varios aldabonazos en la puerta y al rato abrióse ésta apareciendo Jorge Nóbile el secretario privado y ayudante al mismo tiempo de Fantini.

—Deseaba hablar con el señor Fantini, dijo la señorita que acababa de golpear y entregando su tarjeta siguió a Jorge que le dejaba libre la entrada.

Una habitación sencillamente amueblada servía de biblioteca y despacho particular, un armario, un estante con libros de distinto mamaño, un escritorio y sobre él unos papeles en desorden, un cenicero y una caja de cigarrillos Macedonia y frente al escritorio en cómoda butaca hallábase sentado Guillermo Fantini el célebre detective fumando uno de sus cigarrillos.

Conducida la señorita visitante a su presencia hízole tomar asiento mientras leía la tarjeta.

—¿Cuál es el motivo de su visita, señorita?

Y la señorita Zulema Branvilla que así se llamaba la desconocida relató a Fantini, como la noche anterior había sido asesinado su padre sin que hasta el momento la policía hubiera podido dar con el asesino.

El crimen había sido cometido aproximadamente a las dos de la madrugada en circunstancias en que Aldo Branvilla, padre de Zulema habíase levantado del lecho, revólver en mano por haber oído, ruidos sospechosos en la casa.

En el silencio de la noche oyóse una detonación que naturalmente alarmó a la familia y pasado apenas un minuto y en vista de que Don Aldo no volvía al lecho levantóse su esposa para ver que había sucedido y en el pasillo frente a la puerta del escritorio halló a éste tendido en el suelo, que tenía una herida en la frente de la cual brotaba sangre y cerca de él su propio revólver.

Prometió Fantini a su cliente hacer todo lo posible para dar con el asesino y en compañía de ésta se dirigió a la casa.

Varios policías se encontraban discurriendo, cambiando opiniones acerca de cómo se había producido el hecho y quién podría ser el asesino y había una tendencia general en suponer que el móvil del crimen había sido el robo, y que al ser sorprendido, el ladrón se habría trabado en

—Volvió a insistir Fantini,

lucha consiguiendo arrebatarle el revólver con el cual hizo el disparo que le había producido la muerte y que luego se dió a la fuga arrojando el arma para no comprometerse.

En efecto uno de los cajones del escritorio había sido forzado aunque aparentemente nada faltaba.

Otro dato que alentaba a la policía en sus suposiciones de robo era que el asesino no había dejado ningún rastro, ni una impresión digital que pudiera orientar la pesquisa, lo cual hacía suponer que no fuera un ladrón sino un profesional de los que usan guantes.

Fantini comenzó a registrar todo minuciosamente, buscó en el suelo cualquier indicio que lo pusiera en camino pero inútilmente.

Pidió ver el cadáver al que estábase velando y haciendo retirar a los de la familia comenzó a despojarle de sus ropas; al descubrir el brazo derecho notó un moretón alargado en forma

... y tendido en el suelo junto a un charco de sangre, hallábase Aldo Branvilla, ya cadáver.

horizontal, a la altura del muslo y siguiendo su examen vió que en la muñeca del mismo brazo presentaba otra lesión más leve despidiéndose de la familia y de pero igual que la anterior.

Volvió a vestir el cadáver y, los policías amigos que allí se encontraban, se retiró a su casa.

Al día siguiente volvió a la casa del crimen con el propósito de hacer algunas averiguaciones.

Cuando se encontró en el escritorio pidió que lo dejaran solo y mientras fumaba ininterrumpidamente su cerebro trabajaba tratando de reconstruir la escena.

Llamó al mucamo y, señalando el perchero que estaba colocado al lado de la puerta, preguntóle si no habían tocado nada después del crimen.

Respondióle que no. Volvió a interrogarle si no habría sacado un bastón o algún palo, y ya iba a responder nuevamente que no, cuando, recordando, repuso:

—Ah, es cierto, la señora sacó ayer un bastón que pertenecía al amo.

—Bueno, — respondió Fantini, con una sonrisa de triunfo — tráigame ese bastón.

Salió el criado y volvió al poco rato trayendo un bastón de bambú de mango liso.

Fantini comenzó a examinarlo, pero no presentaba ningún indicio; volvió a registrar el escritorio por si algo notaba, cuando notó sobre él una cajita como una alcancía y preguntó lo que era.

—Son las tarjetas de visita del señor y en el primer cajón está la llave, por si quiere abrirla.

Tomó la llave y, abriendo la cajita, extrajo de su interior varias tarjetas de visita.

—¿Usted conoce a estas personas? — preguntó al criado.

—Sí, señor; algunas.

—Lea y dígame quiénes son.

—Esta es... de... ¡ah!, de Mr. Pikiton; un amigo de la familia que vino a verlo la semana pasada.

—¿Y ésta?

—Esa... es el conde Farunetti, que venía muy a menudo a buscar al amo; eran muy amigos...

—¿Y esta otra?

—Esa... esa.... Daniel Macchieto... No recuerdo; tal vez sea un señor que estuvo el otro día aquí con uniforme militar y...

—¿Qué otras señas tenía?

—Le faltaba un brazo.

—¿El derecho?

—A ver... Sí... Sí.. el derecho.

—¿Y no sabés a qué vino?.

—No, señor.

—Bueno, gracias; puedes retirarte (alargándole unas monedas que éste agradeció con reverencias).

Guardóse las tarjetas en el bolsillo y salió.

Una vez en su casa, sentado en su butaca, comenzó a hilvanar sus ideas.

Miró la tarjeta de David Macchieto y una sonrisa se dibujó en sus labios. En aquella cartulina blanca, en la que estaban impresos el nombre y apellido de una persona con caracteres antiguos, parecía haber encontrado la clave del misterio.

Llamó a Jorge, su secretario, y, alargándole la tarjeta, le encargó que averiguara dónde había sido impresa, y una vez averiguado éso, preguntara el domicilio del que las había encargado, por cuanto no figuraba en la tarjeta.

Jorge era un muchacho listo y no precisó más datos para ponerse en cumplimiento de las órdenes.

Recorrió seis o siete imprentas sin resultado.

Entró por fin en una y, sacando la tarjeta, preguntó si le podían hacer un ciento igual a la muestra.

El empleado examinó la tarjeta y exclamó que sí, puesto que esa había sido impresa allí mismo.

Jorge disimuló su alegría y, haciéndose el tonto, preguntó si podían hacerle cincuenta con dirección y cincuenta sin ella.

—¡Cómo no! — repuso el empleado — se harán a su gusto.

—¿Tiene el muestrario de tarjetas para verlas?

—Sírvase, señor — y le alargó el muestrario.

Jorge empezó a examinar el muestrario y halló lo que buscaba.

Reteniendo la dirección mentalmente, pagó por adelantado las tarjetas que había encargado y salió; una vez en la calle sacó su libreta de notas y apuntó: Vía San Luigi 1347. — Roma.

A la noche del mismo día Fantini y Jorge espiaban atentamente desde distintos lugares la casa de la calle San Luis 1347 y ya hacía un par de horas que estaban observando cuando vieron salir un hombre con uniforme militar.

Tras él siguió Jorge, mientras que Fantini, al poco de haberse perdido de vista el militar y Jorge, con una ganzúa franqueaba la entrada de la casa de la cual Macchieti era el único inquilino.

Una vez dentro comenzó a registrar palmo a palmo las habitaciones y dentro del bolsillo de un pantalón encontró un pagaré en el cual se comprometía pagar a Aldo Branvilla 300.000 liras como deuda de juego.

No precisó buscar más; apagó la luz y, arrimando una silla, sentóse detrás de la puerta.

Largas horas habían transcurrido cuando sintió ruido de pasos; una puerta que se abre, una luz que se enciende y, frente a Daniel Macchieti, Fantini que le apuntaba con un revólver, dándole orden de darse preso.

Macchieti, dándose cuenta de su situación, trató de huir, pero al llegar a la puerta de calle fué sujetado por Jorge y dos agentes de policía.

El crimen había sucedido de este modo:

Macchieti adeudaba a Branvilla trescientas mil liras, perdidas en el juego, y Branvilla lo había amenazado con denunciarlo si no pagaba.

Días antes del crimen había ido Macchieti a solicitarle un plazo para el pago y como Branvilla se había opuesto, temeroso de que le dieran de baja en el ejército resolvió apoderarse del documento que lo comprometía y así fué que acababa de apoderarse de él cuando, al cerrar un cajón, hizo ruido y, temeroso de haber alarmado a los de la casa, descolgó el bastón para defenderse, poniéndose detrás de la puerta.

Cuando Aldo asomó el brazo, armado del revólver, descargó el golpe que le dió en el brazo y en la muñeca, haciéndole saltar el arma.

Y el golpe dado desde adentro sobre el brazo derecho no podía ser dado nada más que por un zurdo y eso fué lo que orientó a Fantini en su pesquisa.

Al caer el revólver los dos trataron de apoderarse de él, pero Macchieti llegó primero y apuntándole a Branvilla, disparó el tiro que le produjo la muerte instántanea.

:-: LA ZORRA QUE SALVO SU VIDA :-:



STE era un león de la selva, todo lo espantable que un león selvático pueda llegar a serlo. Una vez se pasó todo un día corriendo por el bosque sin poder cobrar una mala pieza. Ya a boca de noche llegó a la entrada de una cueva, poco más holgada que su garganta y tan vacía como su panza. La famélica fiera tuvo una gran inspiración:

—De seguro que un animal u otro vendrá a hacer noche en esta cueva; me agazaparé en el fondo y tendré cena.

Al cabo de un rato llegó la inquilina de la cueva, que era una zorra de las más ladinas, la cual miró antes de meterse dentro y reparó en las pisadas del león



las fieras encogieron las colas entre sus patas ..

que había entrado pero no salido.

Entonces, la zorra, pensó para su coleto: "Aquí dentro debe haber un león. ¡Ay! Estoy perdida si no me espabilo."

Cavila que cavilarás, y sin moverse de la puerta, lanzó un gruñido: "¡Eh, cueva, eh!" Y se puso a hacer como que escuchaba. Después volvió a lo mismo. "¡Eh, cueva! ¿No te acuerdas que tenemos hecho pacto de que cada vez que yo llegue de fuera te he de preguntar y tú me has de responder? Si no contestas me voy a otra madriguera".

El león que tal oyó, dijo para su melena: "De seguro que la cueva le responde, pero hoy calla porque tiene miedo de mí" Y todo encogiéndose, pensó: "Si no me espabilo, no ceno. Hablaré yo como si fuera la cueva, y entonces entrará el inquilino y me llenaré la panza."

Y dió una desaforada voz.

El rugido del león retumbó por la concavidad de la cueva con un trueno como de cien bramidos, uno detrás del otro. Sólo os diré, que del temblor todas las avecillas del bosque se cayeron del nido y hasta las fieras más fieras encogieron la cola entre las piernas



se lamía el morro de esperanza..

La zorra huyó corriendo, y el león, lo que es aquella noche se quedó sin cenar.

Aventuras del GATO con BOTAS.

ZAPIRON TIENE HAMBRE



Muerto de hambre cierto día
Zapiron que es un avaro



—Buscó un restaurant nada caro,
me parece que en este quepo.



Entró en la fonda del cepo
que goza de nombradía



Tomó ante una mesa asiento
y con aire de rentista



Llamó gritando al fondista
que se presentó al momento



—¿Guisa bien? — Se lo aseguro
—¿La tarifa es reducida?



Cuatro pesos la comida
—¿Y la cena? — Medio duro



—El caso no es de dudar
dijo Zapirón Micifuz



—Encienda usted una luz
y que me den de cenar.